

XV

RE  
LA  
TOS  
C  
RTOS

T i e r r a   d e   M o n e g r o s  
2 0 1 3

## La misión del sargento Couto

Roberto Leliebre Camué

A las 15:45 horas, en el Cuerpo de Guardia del establecimiento penitenciario “El Chorrito”, el sargento Couto cuelga el teléfono con exagerada delicadeza, que es la forma enconada de reprimir no solo la rabia que le produce lo que ha escuchado, sino también el ademán que correspondía a ese repentino estado de ánimo. Lo logra, pero el esfuerzo lo deja interiormente agitado y tiene que permanecer unos segundos apaciguando su respiración antes de actuar en función de la orden transmitida desde la jefatura provincial, y que ha anotado en un memorando con su caligrafía sinuosa y difícil; antes de hacerla llegar al capitán Tul que es el destinatario como jefe del Destacamento, vuelve a leer:

TRASLADAR DESTACAMENTO EMBALSE  
EL CHORRITO PARA ZONA DE EMERGENCIA  
EMBALSE RIO CLAVEL PUNTO SOLO DEJAR  
EN ESA MECANICO DE TURBINAS RECLUSO  
CON DOS CUSTODIOS Y OFICIAL AL FRENTE  
PUNTO ESPERAR CAMIONES Y DEMAS A LAS  
0400 HORAS MAÑANA PUNTO FIRMADO JEFE  
ESTABLECIMIENTOS PENITENCIARIOS.

A primera vista la orden parece absurda, pero más absurdo y hasta desproporcionado resulta el disgusto individual del sargento Couto ante una decisión que afecta a todo el campamento; sin embargo el instinto le está haciendo señales desde el futuro próximo y desde ahora sabe que entre todos los inconvenientes que se van a presentar con el movimiento masivo de presos y custodios, el más enojoso caerá sin remedio sobre el hombre fatal que lo habita como una condena.

Se mantuvo bajo esa tensión depresiva hasta el mismo momento en que el capitán Tul, poniendo en ejecución la orden recibida, en breve reunión con los sargentos y oficiales le comunica que él (tenía que ser él) quedaría en el campamento como representante de la institución, y a la vez como custodio del recluso mecánico. Los oficiales y sargentos restantes respiran aliviados en tanto Couto, aunque presentía la fatal designación, vagamente esperaba que su mala suerte equivocara el camino, así que de todos modos se sorprende y hasta ensaya una protesta incoherente y débil que el capitán Tul le permite porque sabe que le ha dado una misión que se las trae, pero también sabe que la va a cumplir aun contra la voluntad de Dios.

A la insinuación de por qué no se deja a un oficial al frente del campamento, responde que no puede sacrificar a uno de tan pocos oficiales solo para cuidar a un mecánico, y que para representar al Estado en una de sus instituciones hasta un simple recluta lo haría con pareja dignidad, pero se deja a un sargento por si se da cualquier situación, tener a alguien de alguna graduación en el lugar, y que se escogió al sargento Couto (tenía que ser él) por su rectitud, experiencia, etc. Finalmente aclara que lo de “custodio” era más

bien una formalidad, pues el recluso mecánico estaba a punto de cumplir su condena y era capaz de cuidarse a sí mismo.

No fue hasta días después de estar solo y aburrido en el campamento, cuando cayó en la cuenta de que las variantes introducidas a la orden de la jefatura provincial por el capitán Tul, no tenían otro objetivo que ganar méritos ante sus superiores, y para no correr riesgos con una decisión inconsulta, lo sacrificaba a él (tenía que ser él) en calidad de perro fiel y obediente. Lo invadió una lástima de sí mismo que se transformó en repentina rebeldía y luego se desvaneció en un aura de orgullo pueril, pues como quiera, eso significaba que el capitán Tul lo distinguía del montón por sus cualidades, así que mejor hacerlo quedar bien.

Solo entonces tomó medidas para adaptar el régimen del campamento a la nueva situación. Con la ayuda del recluso solitario —y silencioso por cierto— clausuró dormitorios, comedores, salas de recreo y otros locales innecesarios; finalmente trasladó a su prisionero para el calabozo del Cuerpo de Guardia pues tenía capacidad mínima y seguridad máxima, y como estaba en el edificio de la jefatura, le permitía custodiar y a la vez dedicarse a otros quehaceres. Ahora todo estaba en regla y aunque comprendió que había hecho como una canal por donde los días iban a deslizarse parejos y monótonos, sintió en toda su persona que volvía a ser el muy respetado sargento Couto y ello lo reconfortó definitivamente.

Cada día lo emprendía él tras salir de un sueño apacible; se asomaba al calabozo y daba tres golpes en la reja para que el reo moviera el bulto bajo la frazada, después iba a asearse y preparaba desayuno para los

dos, Desayunaba él primero, y luego volvía al calabozo para sacar al preso, que siempre estaba listo. “Vamos”, decía a secas Couto, y después de hacerse a un lado lo seguía fusil al hombro.

Mientras el preso desayunaba con mecánica desazón, el sargento alimentaba al enorme pastor alemán que le habían dejado, no obstante su inconformidad; después conducía al preso hacia el taller, que no era otra cosa que el techado de una barraca sin paredes, y este se sumergía calladamente en su mundo provisional de bombas y turbinas; entonces el sargento limpiaba el Cuerpo de Guardia y el salón de entrada, lavaba alguna ropa, atendía los preparativos del almuerzo, todo sin perder de vista por mucho tiempo a su recluso; le echaba breves miradas de comprobación y mantenía al alcance el fusil automático. Otras veces se acomodaba en el taller y pasaba largo rato observando al reo, que nunca lo miraba, como ignorándolo adrede, hasta que un día el sargento rompió el hielo inútil:

–Oye, ¿por qué no te quedas trabajando aquí después que cumplas? –dijo de pronto.

El reo hizo un gesto para dar a entender que había escuchado, pero no contestó. El sargento volvió a la carga:

–Tendrías buena paga, mejor que cualquiera de nosotros, y un porvenir asegurado.

Tuvo que esperar a que el reo se lavara las manos con gasolina, las secara con estopa y encendiera un cigarro, para oír sus primeras palabras.

Pero sucede, sargento, que a mí no me gusta trabajar –se mira las palmas ennegrecidas–. Y menos en un oficio tan churroso como este.

—No estarás pensando meterte nuevamente en problemas.

—No lo estoy pensando. Es un hecho. Para ser exacto, no he salido de ellos en todo este tiempo.

El sargento queda en silencio pues para él, la conversación se ha metido muy pronto en un callejón sin salida. No le importa para nada el futuro de aquel hombre, y el consejo sin convicción que le ha regalado, solo le ha dado pie para que saque a relucir su valor fanfarrón y una filosofía de delincuente que él no admira, y en lo más íntimo teme.

A mediodía almorzaban, después el sargento volvía a encerrar a su hombre para dormir la siesta sin preocupación. Eso, al principio, pues con los días, se despatarraban ambos bajo los ceibos de la entrada y confiaban la vigilancia general al adiestrado pastor. Tras la siesta, el recluso trabajaba algo más en el taller, mientras el sargento reforzaba con ensaladas y fritangas lo que había quedado del almuerzo.

Cenaban al final de la tarde, muy lentamente, concientes de que se aproximaba la porción más penosa del día, pues el sargento, cumpliendo los horarios establecidos para cada actividad, volvía a encerrar al reo hasta el día siguiente. Durante esas horas llevaba la peor parte, ya que el preso leía libros y revistas hasta que, desde afuera, le apagaba la luz, en tanto él se hundía en un aburrimiento mortal que solo tenía por objeto la espera del sueño, mientras lamentaba no haber traído su guitarra en el permiso anterior; aunque todo eso era también al principio, porque después pasaban las noches disputando en juegos de mesa.

La tiesura de régimen penitenciario la quebró el propio sargento Couto, que era el más afectado con

tanta soledad y silencio. Fue el día de Nochebuena. Después del baño, condujo al reo hasta el lugar de costumbre y lo plantó frente a una cena donde solo faltaba el vino. El reo hizo un gesto de sorpresa para corresponder al esfuerzo del sargento por sorprenderlo. Cenaron en silencio durante algunos minutos, hasta que el sargento se animó.

—¿Y qué me dices, bribón, de la cena que te he preparado? Ni que fueras el jefe del Destacamento.

—La verdad es que ha tirado la prisión por la ventana.

El sargento se animó algo más ante aquella tentativa de chiste que parecía la aceptación del deshielo.

—Y eso no es todo. Mira lo que hay aquí—y como un mago, hizo aparecer en sus manos una botella de vino—. Pero de esto sí que no puedo brindarte.

Se puso a disfrutar el gesto goloso del reo; era la primera mirada de ansiedad que descubría en aquellos ojos fríos. El reo sabía que el sargento terminaría invitándolo, pero la sola presencia del vino lo había animado.

—Si vamos al caso—dijo, enseñando una sonrisa para que el sargento no interpretara sus palabras al pie de la letra—, el que no debía tomar es usted.

—¡Qué dice!

—Pues bien claro está. Si yo me emborracho, usted me tira en el calabozo y asunto terminado. En cambio usted...

—¡Bah! ¡Voy a emborracharme yo con vinito de uvas! Y creo que tú tampoco, a la legua se ve que eres gallo de pelea. —Y terminando de decir, llenó sendos vasos.

Tenían sed, y vaciaron la primera botella rápidamente. El sargento sacó otra. Luego otras.

Despertó molesto y refunfuñando por haber dormido con ropas y amanecer con tanto sol en las pupilas; de pronto fue consciente de su situación y se incorporó de un salto; corrió hasta el calabozo y las tripas se le hicieron agua cuando vio la reja abierta. “Ay, mamacita”. Se repuso de la brutal impresión y se echó afuera, tras recoger el fusil junto a su cama. “Por lo menos no se llevó esto”, pensó, o dijo en susurro.

Escuchó ruido en dirección a la cocina y se encaminó hacia allá con el fusil alerta, pero no tuvo que llegar, porque enseguida avistó al reo que arrojaba a lo lejos un objeto para que el perro lo buscara y trajera a sus manos. Respiró a fondo y se sentó a mirar la escena, como si fueran el primer hombre y el primer perro que jugaban así. El reo lo vio.

–¿Resucitó, sargento?

–No lo sabes bien.

–Pues ¡Feliz Navidad! –dijo el reo sin desatender al perro.

–Eso ya no se usa aquí.

–Tampoco se usa lo de Nochebuena, y la celebramos por todo lo alto.

–Yo no celebraba nada. Simplemente me harté y bebí algo.

–Pues yo, aunque le parezca extraño, amo esas cosas porque crecí con ellas. Así que: ¡Feliz Navidad!

–Bueno –dice el sargento con rápido encogimiento de hombros–. Lo propio, si es que cabe.



–Pues sí que cabe, tanto que ya no me arrepiento de haberle preparado un desayuno de ministro –dijo el reo ya cerca, al tiempo que le tiraba el manajo de llaves que, después del fusil, era el principal signo de poder del sargento Couto; este quiso no sorprenderse, y trató de actuar con naturalidad ante la duda: ¿Le habría dado las llaves al reo la noche anterior, bajo los efectos de cinco botellas de vino, o este las había tomado con abuso de confianza?

No se repitió la pregunta, pues sabía que nunca tendría la respuesta acertada, o al menos convincente; cuando bebía, amanecía como un rollo velado. “Siempre amanezco en blanco”. Tendría que preguntarle al reo, y en ese caso, no solo dejaría en evidencia un lado débil, sino que continuaría con la duda, pues no podría comprobar si decía verdad.

“Siempre amanezco en blanco, carajo”.

Se lo confesaba con preocupación cuando tenía treinta años menos, y amanecía en un cuarto desconocido junto a una mujer desconocida, o cuando se palpaba en el cuerpo los efectos de una riña, sin tener idea de con quién ni por qué había reñido. Pero ya no tiene mayor preocupación, para qué si tiene que ocurrir lo de siempre, el tiempo correrá líquidamente y no solo borrará esta inquietud, sino que traerá nuevas borracheras y nuevos olvidos. Y con esa conformidad interior se sienta frente al desayuno al aire libre.

No pudo dejar de admirarse ante la profusión de novedades: tostones, del platanar que atendían los presos, mayonesa para las galletas en vez de la grasienta y perenne mantequilla, mermelada de guayabas –él había visto esos pomos en el almacén y creyó que contenían puré de tomates–. “Registró bien el muy

cabrón”, masculló al tiempo que se tiraba un tostón en el hueco de la boca; lo trituró con lujuria mientras observaba al perro traer el objeto a la mano del reo, luego habló entre masticones.

–No pensarás convertir en sato a un pastor alemán que ha costado cientos.

–Al contrario, debía agradecerme que lo saque del ocio y lo mantenga en forma. Está engordando y eso lo echa a perder.

–Y de paso, te haces socio de él... por si las moscas.

–Algo tengo que ganar en el empeño, ¿no?

El sargento queda en silencio un rato; no solo comprende que el reo lleva razón en lo del perro, sino que no le importa gran cosa el destino del animal, por eso cambia el rumbo de la conversación.

–¿Mucho trabajo para hoy?

–Siempre hay bastante, pero como hoy es día de Navidad...

–Algo hay que hacer, para eso nos dejaron aquí –ha dicho el sargento con la mayor seriedad posible, sin dejar de engullir.

–Algo se hará –ha dicho el reo, sabiendo que no era necesario, para dejar sentado que le importa poco.

A media mañana están en el taller de turbinas, silenciosos; al reo no le interesa conversar con el sargento y este no sabe de qué hablar, ni siquiera puede coger un hilo de la noche anterior porque no recuerda de qué estuvieron hablando durante cinco botellas de vino, por eso lo coge de más atrás, de la conversación sin salida empezada allí mismo.

—Oye, demuestras un odio incurable hacia nosotros —dice como si la conversación tuviera solo segundos de interrumpida—. Sin embargo trabajas bastante bien, sabiendo que eso nos da méritos.

El reo reflexiona unos instantes buscando la punta de la conversación que daba por muerta, después contesta con pareja naturalidad, pues le gusta el tema.

—No lo hago por ustedes, sino por el país.

—¡Qué dice, hombre! No sabía que tuviera usted sentimientos tan elevados.

—¿Y por qué no? A los delincuentes nos interesa el bienestar del país tanto como a los policías y carceleros, porque es la vaca lechera de todos, y cuanto más engorda, mejor para todos. Solo que tenemos distintos métodos de obtener la leche; ustedes esperan pacientemente la gotica quincenal que nunca colma el vaso. Nosotros apretamos la ubre. Cuestión de temperamentos, porque todo el mundo quiere su vaso rebosante.

—Aprietan la ubre aunque les cueste la libertad. O la mismísima vida.

—La vida siempre está en peligro, sargento. La libertad es otra cosa. Más que la vida misma.

—Sin embargo, la arriesgan por unos pesos.

—Al contrario; arriesgamos el poquito de libertad que tenemos para poder hacerla más plena. Es como una inversión. Dinero es libertad.

—¿Y no es mejor ser bien libre, aunque se tenga poco dinero?

—No estaría mal, ¿pero quién ha logrado eso?

—Yo, por ejemplo.

—No me haga reír, sargento. Usted es tan preso como yo. Más que yo si vamos al caso.

—No me digas.

—Pues sí se lo digo. Usted es el vivo ejemplo de un preso con barniz de hombre libre, porque está tan obligado como yo a permanecer aquí, contra sus deseos. Vea, no hemos podido pasar la Nochebuena en familia, aunque a ustedes los comunistas, al parecer, eso no les interesa.

—Visto con esa mira estrecha, parece verdad; pero esta situación es accidental para mí, porque dentro de unos días pasaré una semana con mi familia, sin sobresaltos ni preocupaciones, porque no apreté la ubre esa del país.

—Eso será más accidental aún, porque al cabo tendrá que regresar a chequearnos a nosotros, quiera o no.

—Pero habré vivido una semana plena. Lo del regreso es cierto, pero todos hacemos cosas que no nos gustan; hasta los delincuentes, porque nadie roba ni trafica por el mero gusto de hacerlo.

—Le diera la razón si su semanita fuera realmente plena, pero a usted le gustaría llegar a su casa en un buen auto como el capitán Tul, cargado de regalos y cosas buenas que pueda comprar o sacar de aquí, pero usted en su casa va a enfrentar las mismas cortedades que nos empujan a nosotros, los delincuentes, a apretar la ubre.

—Quizás —dice el sargento con un resuello de hastío—, pero ya tú lo dijiste, es cuestión de temperamentos; no todos servimos para burlar la alarma de una joyería o pasar la aduana cargado de drogas.

—Claro, claro; pero sepa que en cualquier colocación... se puede apretar la ubre.

—¡Qué me dice!

El asombro del sargento ha querido ser fingido, pero el reo sabe que está alerta a sus próximas palabras.

–Vea, no le estoy proponiendo ni aconsejando nada... pero aquí en el encierro he descubierto las buenas relaciones entre mi gente y la suya. Tanto aquí, como allá afuera.

El sargento Couto queda en silencio, como si reflexionara, pero no piensa nada, simplemente deja pasar los segundos y de pronto se golpea la frente con la palma.

–¡Los frijoles, coño!

Echa a correr pesadamente, en dirección a la cocina.

Apenas hablaron en el resto del día, y por la noche se acostaron temprano; fue la primera noche que el sargento no se tomó la molestia de cerrar el calabozo.

A la mañana siguiente volvió a instalarse en el taller, y alguien que no lo conociera como el reo, habría pensado que estaba realmente interesado en la labor, tanta era su atención sobre cada movimiento. En realidad esperaba un motivo para empezar la conversación, pero el reo con su hermetismo, más la concentración que, fingida o no, mostraba en su trabajo, no daba entrada, de modo que el sargento tuvo que continuar el último diálogo, como si solo tuviera de interrumpido veinte segundos y no horas.

–Por ese lado, yo vivo tranquilo. Moriré pobre, pero con la frente alta.

–Muy bonito –dijo el reo enseguida, pues sabía de antemano por dónde vendría el sargento–. Lástima que no le sirva para llevar a la mujer y a los hijos a Acapulco.

El sargento se estremeció, miró al reo en busca del sentido oculto de sus palabras, pero este seguía impassible, con la vista y las manos en el vientre de una turbina. Por simple azar, había puesto como ejemplo lo que constituía desde siempre, el sueño azul del sargento Couto, por eso este se hundió en el silencio largos minutos, y después rezongó, como si hablara consigo mismo.

–Quizás tengas razón.

–Y quizás, no.

–En todo caso, no tengo ánimo de discutir –dijo, y después de otro breve silencio preguntó–: ¿Cómo aprendiste tan bien el oficio?

–Casi por obligación –contestó el reo aceptando el armisticio–. Es lo que ha hecho siempre mi padrastro, y desde que tengo uso de razón, es lo único que he visto hacer.

–Y seguro soñabas con ser otra cosa; embajador, por ejemplo.

–Claro, algo así –ha dicho el reo con una sonrisita sin entusiasmo.

–Casi nadie logra ser lo que ha soñado cuando muchacho. La vida lo lanza a uno por derroteros inimaginables, y a los cincuenta y dos, como yo, uno se sorprende de ser algo para lo que no tenía deseo ni facilidad; sin embargo uno llega a desempeñarse bien en las ocupaciones que no le gustan. Yo mismo, nunca pensé que iba a estar en este, ni en otros mil oficios que realicé antes. Mi vida era la guitarra; cantar boleros y rancheras. Al principio fue duro; allá en mi pueblo, hice dúo con un amigo de la infancia, porque ninguno tenía

gran voz, pero juntos, había que oírnos. El dueño de una fonda nos permitió amenizarla, por pago: la comida y un par de cervezas. Todo eso era por las noches, de día tenía que trabajar con papá y mis hermanos. Con lo de la fonda queríamos ganar confianza, y estar en la mira de un golpe de suerte, que por fin se dio, cuando ya nos estábamos cansando de ser estrellas locales. Nos escuchó un señor que tenía una especie de cabaret en Santiago, “Flor de México”, y nos contrató. Esa misma noche nos fuimos con él. Me despedí de mi novia como en las películas, tiré unas piedritas a la ventana de su cuarto, señal que ella conocía, y luego en la penumbra le dije mi propósito; la cubrí de besos y ella casi me arrepiente con sus lágrimas, pero me fui. Después te diré quién era mi novia.

“En la ciudad, ganábamos lo estricto para pagar un cuarto común, la comida y alguna ropilla; pero siempre había mujeres y tragos gratuitos. Se vivía, y lo más importante era haber dejado atrás el pueblito campesinón. A fines de ese año el patrón nos dio un aguinaldo y unos días de asueto. Era Navidad, como hubiera sido ahora. Volvimos al pueblo y lo viramos al revés con nuestros trajes de charro y el aire mundano de la ciudad. A la ciudad había que regresar en los primeros días del año nuevo, y yo tenía el problema de mi novia enredado en las piernas como una bejuquera. Mi novia era nada más y nada menos que la muchacha más linda del pueblo, y también la más rica. Y por supuesto la familia no quería para ella un guajiro guitarrero que solo había aprendido a fumar y a empinar el codo. La última noche de farra me dije: ‘Año nuevo, vida nueva’. Y regresé a la ciudad con el nuevo año y con mi Justina a cuestas.

“Eso trajo reajustes en mi vida y en la del dúo, pero nos adaptamos, pues todo se veía como pasajero, hasta que otro golpe de suerte nos empujara a un plano superior. ‘Quién sabe si a México, como el Charro Negro’, nos decíamos; pero ese golpe tardaba, y mientras tanto, no era posible vivir de la música nada más. Tuve que hacer otros trabajos por el día, y eso puso en crisis al dúo, pues mi compañero estaba decidido a dedicarse solo a la música, aunque pasara hambre. Mi matrimonio con Justina también estuvo en el pico del aura, porque le dio por celos. Nos sostuvo el alegrón del primer crío, y una desgracia común: su padre la desheredó. Entonces me dediqué a trabajar en serio, y ya el dúo quedó agonizante. En el fondo, yo había estado esperando que lo de mi Justina y su familia terminara como en las películas mejicanas de entonces, que ellos la perdonaran, en tanto yo triunfaba arrolladoramente, pero no se dio una cosa ni la otra. Tenía familia con veintitrés años, en una ciudad que se impulsaba por segundos, y solo sabía cantar rancheras y seducir mujeres. Fui desde chulo hasta malabarista de circo; después vino el triunfo de la Revolución y se acabó el brinca-brinca. Me enrolé en esto de cuidar presos con idea de estabilizar un poco mi vida, y de aquí saltar a otra cosa; pero creció la familia y surgieron otros mil problemas. Veinte años llevo aplazando el salto y ahora lo que queda es esperar el modesto retiro”.

—¿Nunca se le ocurrió apretar la ubre de nuestra vaca? —dice sin emoción la voz del reo, que al final del relato ha estado fumando cerca del sargento.

—¡Eh! ¿La ubre? —el sargento Couto ha tenido un ligero sobresalto, porque de algún modo contaba la



historia para sí mismo, y más que hablar, reflexionaba, por primera vez, sobre su vida—. Bueno... no. Cuando se tiene hijos y eso...

—Yo lo veo al revés. Cuando se tiene hijos, es cuando hay que apretar.

—Sin que cuente el mal ejemplo.

—Por mi parte, prefiero que me sepan delincuente, y no un pusilánime.

—¿Tienes hijos?

—Es un decir, pero lo mismo da.

—Chico, es como dijiste antes: cuestión de temperamentos —ha dicho el sargento Couto con un suspiro forzado mientras se incorpora—. Cuestión de temperamentos —repite sin convicción en medio de un bostezo.

“Hum, le quedan pocos días al muy cabrón”, dice para sí el sargento Couto después de revisar la tarjeta penitenciaria del reo. “Apenas una semana”, sigue diciendo bajito, después de contar con los dedos, mientras coloca la tarjeta en su sitio. Siente una molestia indefinible ante el hecho inminente, y le molesta aún más, que ello le preocupe parejo al interés del oficio; por eso reacciona con energía. “Y qué carajo me importa. Que se vaya a apretar su ubre. A la vuelta de unos meses estará por aquí otra vez; a ver con qué filosofía barata se viene entonces”.

—Te quedan días —le dice un rato después en el taller.

—Quién lo puede saber mejor que yo.

—Mañana llamo a la Jefatura. No sea que...

—Mi abogado ya lo habrá hecho. Es eficiente el tipo, y sabe que soy buen cliente.

No hablaron más ese día, y apenas lo hicieron en los siguientes; hasta la mañana en que el reo debía partir. Rechazó el desayuno; solo tomó café para bajar los calmantes contra la ansiedad, y acompañar los cigarros que consumía uno tras otro. Había resistido tres años con algún estoicismo, pero sentía que no soportaría un día más. “Si hoy no llegan los documentos, soy capaz de fugarme como un condenado a muerte”, pensaba con verdadera obsesión. El sargento sabía que, más que inútil, era imposible conversar con él, y aunque no le importaba gran cosa, en algún lugar del pecho le fastidiaba tanta concentración y ansiedad; esa actitud le hacía darse cuenta de que él nunca había tenido verdadera pasión por nada. “Ni por las rancheras”, se confesó.

A las diez y media de la mañana una columna de polvo se alzó a lo lejos; el reo brincó en el asiento, al sargento le brincó el corazón, a pesar suyo, y el perro se puso a ladrar, hasta que lo hizo callar con un gesto de fastidio. La columna de polvo avanzó envolviendo dos vehículos que se estacionaron frente a la entrada del edificio; en el primero, un jeep soviético, venía un funcionario de la Jefatura que apenas saludó, y comenzó el sencillo trámite que lo había traído a un sitio tan apartado; tras él bajó un custodio conocido del sargento Couto, quien le señaló a un recluso que permanecía esposado en el asiento trasero.

—Es el nuevo mecánico de turbinas.

—Guárdalo allí —dijo el sargento con sequedad, mientras le indicaba el calabozo del Cuerpo de Guardia.

El conductor del segundo vehículo, un Ford del año 54, permaneció frente al volante. Esperaba al reo.

Terminado el trámite, el funcionario se despidió vagamente del sargento, y alegando asuntos de urgencia, se metió en el jeep con la misma prisa con que había bajado. El reo ya estaba muy relajado; de las pertenencias que el sargento le puso delante, solo tomó sus documentos personales y apartó lo demás.

—Esto ya no sirve —dijo con satisfacción mal reprimida, después buscó dentro de su pecho el tono más amistoso posible, y le tendió la mano al sargento—. Siento dejarlo, sargento, pero también yo tengo deberes que cumplir.

—Como el de apretar la ubre.

—Pudiera ser. Nunca se sabe.

—¿Qué tres cosas harías, si te dieran por tres minutos la Presidencia del país? —ha dicho de pronto el sargento, y por primera vez desconcierta al reo.

—¿Ni siquiera tres horas? —pregunta el reo sin interés real, pues solo quiere darse tiempo.

—La regla es: tres minutos, para hacer tres cosas.

—Pues... lo primero sería, permitir otra vez la celebración de las Navidades; después, prohibir que los presos que están penados por hechos de sangre, cumplan revueltos con los otros. Finalmente... Nada, lo ascendería a usted a Mariachi Nacional —terminó diciendo con sorna afectuosa, y se encaminó al auto que lo esperaba. El perro empezó a ladrar.

Solo cuando el auto comenzó a alejarse, se movió el sargento hasta la puerta, y lo siguió con mirada insondable, aún después que se lo tragó la distancia y la gran columna de polvo que levantaba a su paso;

permaneció así hasta que los ladridos del perro lo sacaron a flote; lo hizo callar, y se dirigió al calabozo para atender el nuevo mecánico de turbinas.